

**desde la
mater/pater/nidad**

La maternidad ejercida por varones¹

Cristina Palomar Verea

Cuando haces la comparación [con las familias tradicionales], te preguntas, ¿yo por qué tengo que hacer eso [lavar, cocinar, recoger]?... y te cuesta más trabajo hacerlo, y como a las mujeres sí les toca hacerlo, se supone que les cuesta menos trabajo; es que uno, como hombre, pone un bloqueo y dices, ¿yo por qué? ¿por qué tengo que hacer estas cosas de mujer? Pues no son cosas de mujer, son cosas de la vida (*David*).

Este trabajo es resultado de un estudio que forma parte de una más amplia investigación sobre el proceso de la construcción social de la maternidad, del cual hemos estado explorando diversas facetas. Nuestro punto de partida fue la afirmación de que la maternidad es un fenómeno compuesto por discursos y prácticas sociales que emanan de distintos lugares, y que conforman un imaginario complejo y poderoso que es, a la vez, fuente y efecto del género en todas sus dimensiones (Palomar y Suárez 2005), ya que produce tanto símbolos culturales y conceptos normativos, como instituciones e identidades sociales (Scott 1996). Dicho imaginario sobre la maternidad lo entendemos más como un mosaico discursivo compuesto de fragmentos que como un cuerpo coherente, compacto y unitario. Esto quiere decir que una gran cantidad de fisuras lo atraviesan, imprimiendo una textura discontinua y con diferentes grados de dispersión en su densidad discursiva. Las razones de esta fragmentación se encuentran en el hecho de que tanto las fuentes como el destino del discurso son diversos: por una parte, la experiencia misma de sujetos concretos, pero también las instituciones, los

¹ Este trabajo no hubiera sido posible sin la asistencia y el entusiasmo de la socióloga Edith Carrillo Hernández, a quien agradezco enormemente su colaboración e inteligencia.

saberes, las regulaciones y las identidades que producen, son “evidencias” que confirman los discursos que se tejen en dichas experiencias subjetivas, al mismo tiempo que son los espacios de la producción permanente y múltiple del discurso.

De esta afirmación se deriva nuestro interés por lograr un análisis que, en primer término, rompa el efecto de homogeneidad aparente de un metadiscurso abstracto sobre la maternidad, mostrando los retazos discursivos que, en su dispersión, hacen aparecer esos otros elementos que están también participando en la construcción social de la maternidad y que, sin embargo, quedan ocultos por el ficticio manto discursivo de un único discurso hegemónico.

Afirmamos que la maternidad, en tanto fenómeno discursivo, se compone de una multitud de fragmentos en movimiento cuyas figuras, orden y referencias conforman un mosaico cuyo sentido es comprensible solamente si es visto en conjunto pero, sobre todo, en momentos y desde ángulos precisos. Esta naturaleza móvil y efímera de los discursos que componen el imaginario social de la maternidad —como todo otro discurso— implica la necesidad de considerar espacios sociales concretos en los cuales el discurso sobre la maternidad se coagule, materializando los distintos elementos que lo componen y, al enmarcarlo así en un *locus* delimitado, poder aprehender —por medio del “conocimiento situado”— algunos de los fragmentos que conforman su contenido. En este trabajo, el espacio elegido es el del discurso de algunos varones que han criado a sus hijos sin la participación de la madre de estos, como una faceta más del complejo proceso de la construcción social de la maternidad.

Lo que ahora presentamos son algunos resultados de esta exploración que se fundó en la afirmación de que la maternidad puede ser ejercida por diversos sujetos, independientemente de su sexo y del vínculo de consanguinidad con las criaturas que están a su cuidado. Partimos de la afirmación de que es el género, y no la biología ni el sexo de las personas, lo que está en la base de la distinción paternidad/maternidad; es decir, es el género, como principio normativo, el que ha producido este binario, coherente pero contingente, que se corresponde con otro binario: el de lo masculino/femenino que no se deriva del género, sino que es uno de sus elementos más normativos.

Maternidad/paternidad

En el diccionario de la Real Academia Española (DRAE), el término “maternidad” es definido como “estado o cualidad de madre”; por su parte, “madre” se define como “hembra que ha parido”. En este mismo diccionario, “maternizar” hace referencia a “conferir propiedades de madre”, y “materno” a: “perteneciente o relativo a la madre”. Para la RAE no existe aún el término “maternaje” ni el de “maternazgo”, que han sido utilizados por diversos autores (Lamas 2002; Aiberman s/f; González 2002) para distinguir la “parte biológica” de la parte social implicadas en el nacimiento y la crianza. En general, se establece una diferencia entre “maternidad” y “maternazgo” o “maternaje”, dejando para el primer término el significado relacionado con gestar, parir y amamantar; se entiende así la maternidad como un proceso biológico, es decir, como parte de la naturaleza, y el “maternazgo” o “maternaje”, por su parte, como el trabajo socialmente necesario que implica el cuidado, la atención y la educación de los infantes.

Hemos hablado ya en otro lugar (Palomar 2005) de que la maternidad es una práctica en movimiento cuya fenomenología y cuyo sentido se modifican conforme el contexto se va transformando. Las madres tienen una historia y, por lo tanto, la maternidad no puede verse como un hecho natural, atemporal y universal, sino como una parte de la cultura en evolución continua.

Por otra parte, el DRAE define “paternidad” como “calidad de padre”. Y “padre”: “varón o macho que ha engendrado”. “Paterno” es “aquello perteneciente al padre o propio suyo, o derivado de él”. Pero no existe la palabra “paternizar”, ni “paternaje”, ni “paternazgo” tampoco.

Diversos autores (Knibiehler 1997; Delumeau y Roche 2000; Pélicier 2000; Dubar 2002) han mostrado cómo en el transcurso del tiempo, la paternidad ha sido vista y entendida de diversas maneras: el cristianismo consolida al padre del derecho romano caracterizado en la figura del *pater familias* y entiende la paternidad como una función ciudadana, pero su monoteísmo imprime huellas particulares a dicha figura, exaltando su prestigio y limitando sus poderes, al tiempo que se introduce la idea del parentesco espiritual. A partir del siglo XI aparecen diversos modelos de padres según los medios sociales, sobre la base de la transmisión de los distintos tipos de patrimonio que fundan figuras paternas distintas (el padre aristócrata, el padre campesino, el padre de la ciudad), pero con un rasgo común y esencial que es la preponderancia y la responsabilidad del padre. Los poderes públicos sólo lo reconocen a él. “El destino de un niño depende de quién es su

padre; su rango social es el mismo que el de su padre. El padre conserva la *patria potestas*” (Knibiehler 1997: 129). La ley del padre parece asumirse en todas las culturas y es dura para los hijos y también para el mismo padre: instala un orden y modela un papel basado en la necesidad de ocultar el poder que los seres queridos tienen sobre él. Para no ser percibido como vulnerable, se genera la necesidad de suprimir la expresión de los sentimientos.

En el mundo actual se habla de la declinación de la familia “tradicional” —proceso caracterizado por un retroceso lento y progresivo de la presencia y de la potencia del padre— y una correspondiente afirmación de la madre, que obedecen a factores de orden político y de orden económico. La crisis de las identidades sexuadas, a partir de las mutaciones de la condición de las mujeres y de la evolución de las relaciones entre los sexos, ha planteado una encrucijada para el encuentro, en el ámbito íntimo, de hombres y mujeres.

En la actualidad, se asiste a un enorme desencuentro entre la evolución de las normas, la experimentación de nuevas relaciones amorosas y las aspiraciones a la igualdad entre los sexos, por una parte, y la rigidez de las formas sociales de división del trabajo —en la familia y en la empresa—, así como la persistencia de formas comunitarias de dominación de los hombres sobre las mujeres —tanto en la esfera doméstica como en el campo político—, por otra parte. Dicha situación parece estar en la raíz de una crisis de las identificaciones sexuadas, de los modelos masculinos y femeninos, y de los tipos de relaciones de género que han de prevalecer (Dubar 2002).

En este contexto, se ha hablado de que la figura del padre se ha desprendido de los antiguos soportes simbólicos que la consagraban y la confundían con los hombres reales; lo que se denomina “la crisis de la paternidad” sería, entonces, la consecuencia de este desprendimiento y del desconcierto que produce. Se han señalado dos reacciones de los padres ante esta situación: por un lado, la respuesta violenta de quienes no pueden aceptar la pérdida de la antigua supremacía, y, por otro, la de quienes intentan construir nuevas relaciones con sus hijos (Knibiehler 1997), apoyados por los saberes psicológicos y de otros órdenes.

Pélicier (2000) ha señalado que hay una confusión entre el modelo de la paternidad y el actor de esta, que deriva en que, por facilidad lingüística, se nombren en bloque cosas distintas. Según este autor, hay tres distinciones que deben hacerse para no caer en dicha confusión: a) la *paternidad como estructura* de conjunto que resulta del juego y del equilibrio de las funciones

paternales; b) la *paternidad como un valor*, en tanto objeto de diversos juicios posibles, y c) el *padre*, personaje que tiene papeles observables y un estatus correspondiente que puede ser reconocido o no por la ley. Los papeles se relacionan con lo que se prevé de contenido funcional de toda paternidad y se actualizan o no, pudiendo inclusive desaparecer; todos, menos uno: el que confiere la condición de padre genitor, el que da el esperma. Sin embargo, este padre natural puede ser un actor sin papel y sin estatus (por ejemplo, el padre que abandona o el donador anónimo de esperma) que es sustituido por lo que se llama *imago paterna*, la cual representa al padre. Simbólicamente también, en algunas circunstancias, el padre procreador puede ser desposeído del poder fálico en provecho de otro personaje (Pélicier 2000).

Es de esta manera que entendemos, entonces, la paternidad como una estructura y un valor que generan un personaje específico, el cual no es, en este trabajo, el foco de nuestro interés. Nuestro objetivo es descentrar a los sujetos de esa construcción discursiva sustancializada en sujetos varones, al igual que intentamos descentrar a las mujeres de la maternidad. Nuestra propuesta es, más bien, intentar analizar lo que ocurre cuando la maternidad, como conjunto de prácticas discursivas, es ejercida por varones.

¿Maternidad y/o maternazgo?

Knibiehler (1997) ha retomado en sus trabajos la idea ampliamente difundida y aparentemente aceptada en general, de que la paternidad no es un hecho de la naturaleza, sino una invención humana; observa dicha autora que en tanto que la maternidad es siempre evidente en razón del embarazo y el parto, la paternidad es incierta. El desciframiento del lazo biológico que une a un hombre con su descendencia es, en la historia de la humanidad, un suceso que parece estar en el fundamento de las distintas maneras en que se han construido tanto la maternidad como la paternidad. Este hecho se asocia con el surgimiento del patriarcado, ya que a raíz de la *invisibilidad* de la participación biológica de los varones en la concepción, fue que se buscó hacerla *visible* por medio de la ley, del poder sobre el hijo, y así se *instituyó* la paternidad en el derecho romano (Knibiehler 1997: 120). Con la maternidad esto era innecesario, dada su evidencia.

Consideramos que la distinción entre maternidad y maternazgo se deriva de este vínculo imaginario que fija una línea entre dos polos opuestos: por una parte, el lado de las mujeres, lo femenino, la biología, la visibilidad

de la maternidad; por otro lado, los varones, lo masculino, la cultura, lo invisible de la paternidad. Esta división bipolar parece basarse en la idea de que el plano biológico es algo que pertenece estrictamente a lo que ocurre en el cuerpo de las mujeres, es decir, en la parte más o menos visible de la reproducción: la concepción, el embarazo, el parto y la lactancia; no obstante, estas “evidencias biológicas” no anulan el hecho de que la reproducción tiene lugar a partir de un hecho biológico en el que participan tanto una mujer como un varón. Es decir: parece confundirse la “visibilidad” con “un mayor grado de participación” de las mujeres en la reproducción. Afirmamos que hay “tanta biología” del lado de las mujeres como del lado de los varones, sin embargo reconocemos que esta confusión ha estado en la base de una amplia producción discursiva consolidada en supuestos saberes científicos que han producido ideas tales como la existencia de un “instinto materno” —que no un “instinto paterno”²— y de un amor maternal, ambos estrictamente “femeninos” y basados en predisposiciones de orden biológico (Badinter 1980).

Por otra parte, afirmamos que es el mismo contenido cultural el que subyace a la maternidad y a la paternidad: se trata del género, en tanto orden simbólico que, a partir de ciertos principios, construye la manera de comprender la diferencia sexual y produce las normas que habrán de regir las relaciones sociales entre varones y mujeres, traducidas como los códigos culturales relacionados con la reproducción humana, es decir, la paternidad y la maternidad.

La distinción entre “maternidad” —como aquello relacionado con la biología— y “maternazgo” —como aquello que tiene que ver con “lo cultural”—, ha producido una afirmación aparentemente lógica: solamente el maternazgo puede ser ejercido por cualquier persona, independientemente de su sexo y del tipo de vínculo con los infantes, pero no así la maternidad, que es unívocamente asignada a las mujeres ligadas biológicamente con sus hijos. Esta distinción parece basarse en la primera distinción entre “sexo” y “género”. En los albores de los estudios de género, se afirmaba que *el sexo* era lo que correspondía a la biología, y que *el género* era aquello que corres-

² No obstante, hay algunos autores que comienzan a hablar de “instinto paterno”, pero este aparece más ligado a una habilidad producida por una circunstancia específica, que a una disposición biológica innata (ver Medina 2000).

pondría a la cultura; no obstante, pronto se vio que también el sexo es una construcción cultural:

lo que definimos como “sexualidad” es una construcción histórica que reúne una multitud de distintas posibilidades biológicas y mentales —identidad genérica, diferencias corporales, capacidades reproductivas, necesidades, deseos y fantasías— que no necesariamente deben estar vinculadas, y que en otras culturas no lo han estado. Todos los elementos constitutivos de la sexualidad tienen su origen en el cuerpo o en la mente... Pero las capacidades del cuerpo y la psique adquieren significado sólo en las relaciones sociales... los significados que atribuimos a “sexualidad” están socialmente organizados, sostenidos por diversos lenguajes, que intentan decirnos lo que es el sexo, lo que debería ser y lo que podría ser (Weeks 1986).

Coincidimos con esta perspectiva que nos permite afirmar que la diferenciación entre los términos “maternidad” y “maternazgo” no es justificable por distintas razones; por una parte, consideramos que la dimensión de “lo real”, es decir, de “lo biológico”, en los seres humanos, solamente es procesable a través de los registros de lo imaginario y de lo simbólico; al pasar por esos registros dicho “real” es superado, sin dejar de estar ahí. Por lo tanto, afirmamos que lo que se ha llamado “maternidad” es ya una producción discursiva, es decir, simbólica, que, engarzada con el registro imaginario, condensa los elementos de todos los órdenes involucrados, haciendo imposible distinguir qué elementos pertenecen a cada registro.

Por otra parte, no se puede dejar de considerar el hecho de que, hoy por hoy, la manipulación genética, las nuevas tecnologías reproductivas, la apertura a las nuevas formas de ejercer la parentalidad, los nuevos modos de vivir la intimidad, entre otros, son factores que tornan aún más difícil hablar de la maternidad como algo solamente biológico y que, por lo tanto, solamente corresponda a las mujeres.

Yendo un poco más lejos, nos atrevemos a sostener que este cuestionamiento de la confusión conceptual que subyace a las regulaciones del género nos autoriza a cuestionar también la formulación del territorio académico llamado “estudios de las masculinidades”, en cuyo seno se ha construido, entre otras, una abundante línea de trabajo en torno a las paternidades, y cuyos presupuestos teóricos parecen sostener la bipolaridad paternidad/maternidad, como indisociable de la relativa a masculinidad/feminidad. Los estudios de las masculinidades no son el correlato epistemológico de los estudios feministas ni de los estudios de género; su correlato estaría en los inexistentes “estudios de las feminidades”. Proponer instituir espacios formales para el estudio de las “masculinidades” y las “feminidades” sería

asumir que estas categorías tienen un estatuto teórico propio y una realidad empírica más allá de lo que el género instituye. Ya lo dijo J. Butler:

El género es el aparato mediante el cual tienen lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino, junto con las formas intersticiales hormonal, cromosómica, psíquica y performativa que el género asume. Asumir que el género siempre y exclusivamente significa la matriz de lo “masculino” y lo “femenino” es precisamente no darse cuenta del punto crítico de que la producción de ese binario coherente es contingente, de que tiene un costo, y de que aquellas permutaciones del género que no se adaptan al binario son tan parte del binario como su instancia más normativa (Butler 2006).

La maternidad de los varones

La maternidad, lejos de ser un “hecho natural”, es una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por los principios que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia, y que encarnan en sujetos concretos (Palomar y Suárez 2005). Siendo la reproducción, desde siempre, una parte medular del sistema de género, se ha materializado en las mujeres, ubicando en ellas la responsabilidad sobre todo lo relacionado con esta importante tarea social. La maternidad se ha fijado de tal manera en las mujeres, que se ha llegado a considerar como un elemento sustantivo en la integración de su identidad subjetiva, lo cual, obviamente, no ocurre con la mayoría de los varones.

De esta manera, la maternidad es un elemento marcado claramente por el género. Siguiendo la conocida definición de Scott (1996) de lo que es el género, podemos encontrar en la maternidad todos sus elementos: signos, símbolos y mitos culturales que evocan representaciones múltiples (Eva, la Virgen María, la Llorona, la Santa Madre, por ejemplo); conceptos normativos que contienen esos símbolos (la “buena” o la “mala” madre, los saberes, las disciplinas, los diagnósticos, las sentencias, entre otros); instituciones (la familia, la escuela, los tribunales de lo familiar, las cárceles, los hospitales, etc., pero también rituales como el 10 de mayo); y una identidad subjetiva (la comprensión de sí misma como sujeto a través de la maternidad biológica; la experiencia de “no realización” o de “incompletud” en las mujeres que no son madres; la confusión de la crianza de los hijos con un proyecto de vida, por ejemplo). Este conjunto de elementos permiten comprender la maternidad como un elemento que participa de manera definitiva y definitoria de las relaciones sociales sobre la base de la diferencia sexual-anatómica de las personas, pero también nos obliga a entender la

maternidad como un fenómeno que encierra una forma específica de relaciones de poder entre los sexos y también en su interior.

La idea de que la maternidad es una práctica exclusiva de las mujeres sustancializa una función simbólica y localiza una práctica social en sujetos particulares, excluyendo así del campo de observación socioantropológica el hecho de que también hay varones que cumplen esa función y que realizan esa práctica social; afirmamos que esto no es lo mismo que el ejercicio de la “paternidad”, la cual implica también una función simbólica y una práctica social que pueden igualmente ser ejercidas por mujeres o por varones. De esta manera pretendemos romper las ecuaciones que señalan que maternidad = mujeres, paternidad = varones.³

Es precisamente este ángulo el que hemos pretendido abordar en nuestro estudio, a partir de las siguientes preguntas básicas: ¿cómo entienden y viven los varones la práctica de criar y proteger a menores, en el contexto de una situación en donde no está presente la madre? ¿Cómo nombran y experimentan su propia práctica? ¿Qué relación hay entre este quehacer y las ideas de paternidad y maternidad? ¿Cómo construyen estos varones, en su discurso y en su experiencia, la maternidad? ¿Cómo participa esta experiencia, hasta ahora todavía poco frecuente, en el amplio proceso de la construcción social de la maternidad?

El objetivo general del estudio fue conocer y comprender la experiencia de sujetos varones que han criado a sus hijos sin contar con la presencia de la madre de estos en su contexto de vida cotidiana. La hipótesis que nos orientó fue que, en tanto la maternidad es una función simbólica y una práctica social de cuidado y protección relacionadas con los menores, puede ser realizada tanto por varones como por mujeres. No obstante, el hecho de que la maternidad suela ser entendida como “una tarea femenina”, ocasiona que los varones que han experimentado esta práctica tengan dificultades para nombrarla, para vivirla y para integrarla en su identidad subjetiva, por lo cual recurren a estrategias discursivas y pragmáticas en su vida cotidiana, para marcar una diferencia entre su práctica y “la maternidad”, reforzando así la idea de que la maternidad es “cosa de mujeres”, a pesar de que su propia experiencia contradice dicha idea.

³ No obstante, reconocemos la estrechez del lenguaje que fuerza a seguir utilizando vocablos cargados de connotaciones de género que abonan aún más la dificultad para distinguir entre la neutralidad de la acción y el tipo de sujeto que la ejecuta.

El estudio tuvo una orientación cualitativa y se realizó a partir de once entrevistas a profundidad con sujetos masculinos que han criado a sus hijos sin una pareja, por distintas razones: viudez, divorcio o abandono. La técnica para elegir a los sujetos fue una variante de la “bola de nieve”, ya que no resultó sencillo encontrarlos; en algunos casos, el contacto se hizo por la vía de una escuela primaria que ayudó a detectarlos; en los demás, fue la vía del contacto personal con personas que conocen a varones en estas situaciones. La única característica que nos orientó en la selección fue la mencionada, sin considerar ningún otro factor.

El perfil promedio que resultó de estas once entrevistas fue el siguiente: todos los entrevistados son heterosexuales; su edad promedio es de 45 años, y la escolaridad, licenciatura. Todos los entrevistados, salvo uno, tenían una ocupación como profesionistas independientes. En cuanto al estado civil, tuvimos cinco viudos, cinco divorciados y un separado. El número promedio de hijos fue de 2.3 y su edad promedio, 14.3, siendo el menor de 8 y el mayor de 25 en ese momento. Trece de estos niños son mujeres y los otros once, varones. El tiempo promedio que llevan los entrevistados cuidando sin pareja a sus hijos es de 7.2 años.

Las entrevistas fueron realizadas de manera abierta, siguiendo, no obstante, una guía que pretendía abarcar los siguientes aspectos: la descripción de la experiencia del cuidado de sus hijos sin contar con la presencia de la madre; las representaciones, creencias, sentimientos y actitudes de género; las representaciones, creencias, sentimientos y actitudes en relación, específicamente, con la maternidad y con la paternidad; los aprendizajes y las habilidades adquiridas como efectos de su situación; la organización del tiempo y las estrategias de sobrevivencia cotidianos; los sentimientos, deseos y expectativas relacionados con los hijos; el recurso a redes de apoyo y a otros apoyos sociales; las reflexiones en torno a su situación “atípica”; las contradicciones y las rupturas en relación con estereotipos y lugares comunes relacionados con la maternidad; y, finalmente, las elaboraciones en torno a su identidad subjetiva.

Los resultados

La información obtenida en las entrevistas a profundidad con estos once varones fue organizada y analizada a partir de nueve ejes distintos, y fue muy rica y elocuente, tanto respecto a la manera en que estos sujetos experimentan la maternidad, como respecto a la manera en que la construyen discursivamente.

El análisis de la información nos confirma que la construcción social de la maternidad se realiza desde multitud de lugares y con ángulos muy diversos, lo cual obliga a rechazar cualquier afirmación respecto a una homogeneidad discursiva y rompe los esquemas simplistas o maniqueos, mostrando la complejidad del proceso de dicha construcción.

1. *Figura de los progenitores*

1.1 El padre

Encontramos en el discurso de estos hombres una construcción de la figura del padre a partir de los siguientes elementos: respeto, sequedad, jefatura, trabajo, recompensa, reglas, enseñanza, dinero, espera, lejanía, apoyo, ausencia, relación, cabeza, carente de tiempo, superficialidad, creatividad, identidad, abandono, silencio, responsabilidad, provisión, negocios, cumplimiento, honradez, actividad, juego, cacería, deportes, alegría.

1.2 La madre

Por su parte, la figura de la madre se construye a partir de los siguientes elementos: cuerpo, cercanía, amor, ternura, llanto, cariño, presencia, guía, confianza, poder de lastimar, inquietud, coquetería, vitalidad, posesión, fuerza, sensibilidad, dominio, tranquilidad, consejos, devoción, decencia, crianza y educación, inteligencia, alegría, belleza, carácter bueno, pero débil, conservadurismo, paciencia, bondad, apoyo, "alcahuetería".

Se observa que la figura del padre es más contundente y más consistente en el relato de estos varones. En cambio, la figura de la madre se presenta con mayor ambigüedad: parece atribuírsele mayores cualidades positivas; sin embargo, también parece reprochársele mayor control y mayor poder de manipulación:

La mamá es más restrictiva; papá no, papá le ha dado un poquito más de libertad... (*Carlos*).

2. *Crianza de los hijos, ayer y hoy*

Los varones entrevistados parecen coincidir en que la manera en que ellos han criado a sus hijos es "totalmente diferente" a como se hacía antes. Por una parte, atribuyen los cambios a la modificación inevitable de los papeles de género en el interior de la familia para poder lograr una organización cotidiana eficiente:

Las mujeres están dando un brinco grande por la liberación y los hombres nos estamos quedando igual... se van al extremo... ya no quieren ser cautivas ni sometidas ni nada, entonces está difícil porque pues sólo que encuentren una pareja con ciertas características... (*Leonardo*).

También señalan, como elementos importantes de las transformaciones actuales, el hecho de contar con mayor información y mayor comunicación debido a los medios electrónicos.

Los entrevistados hablan también de cambios en las formas de la relación: antes había un mayor "respeto" en las formas de relacionarse con los padres, pero también menor confianza y cercanía. Antes, los padres tenían más autoridad, y ahora se viven estas relaciones con mayor apertura, cercanía, libertad. Se señala reiterativamente que se quiere dar a los hijos lo que no se tuvo en la propia infancia:

Perdimos mucha autoridad, con eso de que no quisimos repetir los errores de los papás, los golpes y todo ese tipo de cosas, nos fuimos al otro extremo (*Gabriel*).

Se observa una marcada utilización de lenguaje psicológico: mayor comunicación, más empatía, convivencia sana, negociación, tiempo de calidad. Uno de los entrevistados señala que ahora el psicólogo tiene un papel importante, ya que este personaje suple lo que no se le puede dar a los hijos debido a que la vida actual es mucho más acelerada.

Parecería que en el discurso de estos varones entrevistados se esconde el sentimiento de pérdida de una figura sólida que encarnaba la autoridad, los límites, el control y la capacidad. Frente a esta figura monolítica se contrasta la propia práctica conflictiva, difícil, desorientada y llena de carencias. Se escucha, en lo dicho por estas personas, un lamento por la ausencia de un modelo paternal operativo, del cual se pudieran desprender claves para una crianza de los hijos en un mundo mucho más complejo y en circunstancias mucho más complicadas que las que tuvieron en la propia infancia:

Quedamos en un sándwich: antes obedecíamos a los papás en todo, y ahora nosotros obedecemos a los hijos (*Gabriel*).

3. Experiencia de la crianza de los hijos en pareja

3.1 Razones para tener hijos

Varios varones hablan de haber tenido una cercanía muy estrecha con sus hijos desde su nacimiento: cambiar pañales, dar el biberón, bañarlos, alimentarlos, dormirlos, sacarles el aire, arrullarlos, etc. Como si la disponibi-

lidad para convertirse en madres hubiera antecedido a la circunstancia que los puso en ese lugar. Sin embargo, otros relatan no haber tenido ninguna experiencia en el cuidado de niños, y mucho menos de niños pequeños; narran haber dependido de los cuidados que la madre prodigaba al niño en esa etapa de su vida. Algunos fincan en esas experiencias que atestiguaron, la “admiración” que dicen reconocer actualmente ante lo que las mujeres madres suelen hacer. Este es un elemento interesante: la mayoría de los hombres se refieren positivamente a las mujeres. En el caso de los viudos esto es más claro, ya que parecen haber pasado por un proceso de idealización de sus mujeres muertas; uno, inclusive, hace fotomontajes con todas las fotos de distintos acontecimientos familiares, introduciendo la figura de la mujer muerta en ellas. Suelen usar expresiones tales como: “mis respetos por las madres solteras, ahora sé la fuerza que ellas tienen para hacer lo que hacen...”.

Tener hijos aparece como un elemento importante en la estructuración subjetiva de los entrevistados:

La maravilla que es un hijo, hace lo que tú le enseñas, además te lo agradece, es tu sangre...luego la trascendencia de lo que tú le estás dando a tu hijo (*David*).

El motivo del divorcio fue que no pudimos tener hijos... [cuando mi segunda mujer quedó embarazada] eso me aportó una esperanza, me devolvió la autoestima, me hizo tomar mucho el control de la situación (*Enrique*).

Se escucha en estos hombres un punto de inflexión en su proceso subjetivo que requirió un acto de reflexión que les hizo asumir su lugar frente a sus hijos de manera voluntaria y consciente. Este punto es similar a lo que ocurre con las personas que desean adoptar un hijo, y es muy distinto a lo que sucede con las madres biológicas, en quienes hemos encontrado que este vínculo biológico impide generalmente el proceso reflexivo y consciente de asumir la maternidad como un acto voluntario. Como si la biología absolviera a estas mujeres de la necesidad de asumir consciente y reflexivamente lo que significa tener un hijo.

3.2 Relación con la pareja y organización del hogar

No se encontró una regularidad entre los once entrevistados en el tipo de relación de pareja en que se tuvo a los hijos; algunos tuvieron una relación tradicional en términos de género, que reproducía el esquema del varón proveedor y la mujer restringida en el ámbito doméstico, sin otra actividad. En otros casos, en cambio, se habla de relaciones de pareja no tan tradicionales y en las cuales se reconoce la presencia de conflictos antes de que los hijos

aparecieran. En dos casos, las mujeres madres fallecen antes del primer año de vida de su hijo, lo cual deja a estos dos varones en la imposibilidad de contar con un esquema familiar con el cual contrastar su vida actual. Por lo tanto, no podemos concluir que haya elementos que permitan suponer que la decisión de estos varones de criar a sus hijos por sí mismos tenga una relación dependiente del tipo de relación de pareja en la que los niños nacieron.

3.3 Relación con los hijos y organización de las actividades con ellos

Todos estos varones señalan tener una buena relación con los hijos; es interesante escuchar en ellos la expresión tan común entre las mujeres madres que trabajan: la importancia del “tiempo de calidad”. Por otra parte, es también interesante que estos varones entrevistados externen una sensibilidad mayor a la que suele encontrarse en los varones, ante lo que significa el uso del tiempo y el esfuerzo que representa tener que realizar tareas en distintos ámbitos: el trabajo, la casa, los niños, etc. Todos hablan de sentir la presión del tiempo y de que a veces no logran estar tanto como quisieran con los niños. En este punto, introducen el “tiempo de calidad” y la importancia de una buena comunicación que supla la presencia física. Varios mencionan cómo han tenido que organizar racionalmente las actividades domésticas distribuyéndolas entre todos los miembros de la familia, y enumeran algunas actividades que realizan con sus hijos: ir de compras, hacer las tareas, ir a pasear, construir juguetes, hacer deporte, etc.

4. *Experiencia de la paternidad sin pareja*

4.1 Circunstancias, motivo por el que están sin pareja con sus hijos.

1. Adrián:⁴ su esposa fallece por complicaciones en el tercer parto. Adrián se queda con tres hijas pequeñas.

Yo le prometí [a su mujer muerta] que iba a sacar adelante a sus hijas... Entonces ellas me dieron fuerza, me dieron el valor para no caer en el vicio, para no caer en tantas cosas que puede caer uno cuando queda uno solo... entonces dije: “tengo que salir adelante, por las niñas”, y Dios te va guiando... y pues de ahí para adelante, pues a trabajar, por ellos.

2. Carlos: se divorcia de su mujer después de muchos conflictos porque ella resiente mucho que el trabajo de su marido lo absorba tanto. Sin embargo, cuando el niño tiene alrededor de siete años, pide ir a vivir con el padre:

⁴ Se han cambiado todos los nombres de los entrevistados para mantener su anonimato.

Enseguida [del divorcio] ella se unió [con otro hombre] entonces obviamente para el niño sí era más difícil; ya tenía 6 o 7 años [y] para él era difícil de pronto tener ese cambio; durante el día estar en la escuela y todo, y su mamá llegaba con su otra pareja y yo llegaba en la tarde del trabajo a buscarlo y estar ahí un rato o los fines de semana, entonces para él siempre fue así algo muy difícil... y finalmente él vio, sintió esa incompatibilidad, esa situación, fue cuando él optó por venirse conmigo.

3. David: se divorcia por desgaste de la relación y porque él se niega a asumir un papel “disciplinado” de proveedor. Él buscó activamente quedarse con los hijos, de tres y siete años, apoyándose en recursos legales.

No sabía cómo iba a ser la cosa; me imaginaba mucho, un poco, porque realmente sí estuve muy presente en la crianza, sobre todo del mayor, pero también del otro; sabía hacer todo lo que tenía que hacer, sabía bañarlos, acostarlos, acompañarlos a que se lavaran los dientes, vestirlos, llevarlos a la escuela... porque lo hacía, lo hacía [primero] con un gran esfuerzo porque no teníamos coche y todo era en camión y con un presupuesto muy bajo, y no le tuve miedo, no tuve miedo de hacer eso.

4. Enrique: la mamá de su hija se suicida cuando la niña tenía alrededor de ocho meses de vida. Él considera que “fue lo mejor”, porque ella “era una gente muy descuidada”:

No me dio miedo, en un principio no visualicé el paquete que me tocaba; lo único que hice fue ponerme a trabajar. No quise darme tiempo de pensar toda la bronca, toda la responsabilidad que se venía, y creo que lo hice con mucho amor y emanó naturalmente... yo creo que eso es lo que a mí me ha ayudado y me ha hecho muy llevadero, muy natural... o sea, para mí es toda una rutina normal el ser papá.

5. Facundo: separación de la madre de su hijo, por divergencia de proyectos y porque ella tenía fuertes crisis personales, cuando su hijo tenía un año de vida:

Yo traía otros rollos más profesionales y más de cambio de vida. Ella traía sus broncas, broncotas fuertes que a lo mejor no supe cómo atorarle y cómo ayudarle a toda su insatisfacción, su tristeza. Y en una crisis de esas, en una crisis así, ya fuerte de estas, se decidió, pues juntos no estábamos; entonces la onda es así de sencilla: o te quedas con el chiquillo o me quedo con él, pero quien se quede se hace totalmente responsable. Por supuesto que no era como jugar un volado... yo partía de un hecho: el chiquillo a mí me emocionaba, me fascinaba, etc., la relación pues era muy chida, padre, una convivencia muy chida; me agradó mucho, que eso también es importante... no era bronca, no era carga, era un placer, entonces pues así de fácil, entonces pues ya nos fuimos a vivir él y yo.

6. Gabriel: divorciado de su esposa por diferentes metas de cada uno. Un día ella se fue, con todos los niños. Pero esto duró poco; los niños eran chicos todavía y su madre quería dedicarse a una actividad que la mantenía alejada de ellos:

Llegó un momento en que ella no aguantó: “tú eres muy chapado a la antigua, un machito, yo ya me voy”. Pues que te vaya bien, y se fue. Entonces, los dos de en medio regresaron al día siguiente: “oye, ¿nos podemos quedar aquí?” “Ustedes se fueron, pueden venirse cuando quieran”. Luego, la más grande me habló y me dice: “oye, yo quiero regresar a la casa, quiero salir para mi boda de tu casa”. “Bienvenida”. Y la más chiquita, como a los tres meses, volvió. Luego, su mamá... se volvió a ir y se volvió a llevar a los tres más chicos, y nuevamente al día siguiente volvieron los dos; y luego regresó la más chiquita.

7. Horacio: viudo. Su mujer murió de cáncer de mama. Se queda a cargo de sus cuatro hijos, dos mujeres y dos varones.

El primer impacto que tuve cuando a mi esposa le dicen que tiene cáncer fue un golpe muy duro. Y, bueno, en un momento dado, tener que enfrentar el tener que llevarla a Estados Unidos cada quince días y cuidar a los niños... traté de manejarlo con personal de servicio y de las gentes más responsables... yo ya me empecé a responsabilizar, porque cada quien tiene sus problemas ¿no?... cuando haces las cosas con amor, con cariño, nada es pesado... ni el trabajo que realizas, menos los hijos que son el producto...del amor que yo le tuve a mi esposa; ni siquiera tuve ninguna duda de cuidarlos o sacarlos adelante.

8. Jaime: su hijo nació con síndrome de Down. Cuando tenía tres meses de nacido, su mamá muere en un accidente automovilístico.

Yo enviudé cuando el niño tenía tres meses; y, lo he dicho muchas veces, de [cómo ser] mamá no me pueden contar nada. Nomás parirlo, ahí sí no sé, pero de ahí en fuera yo todo lo viví y ha sido muy suave, ha sido una experiencia bien interesante... No te puedo decir que me sentía bien... pero me sentía con fuerzas para seguir adelante, con ganas y, bueno, en eso siempre hay muchas fallas de uno como papá.

9. Leonardo: está separado de su mujer, a quien no ve desde hace dos años. Tenían dos hijos, pero la niña murió de leucemia y esto parece haber afectado mucho a la relación, pero particularmente a la madre. La crisis fue muy difícil y Leonardo se llevó a vivir a su hijo con él:

Tuvimos problemas porque tenía una hermanita —que ahorita tendría casi los trece años— a quien se le detectó leucemia; luchamos mucho pero, desgraciadamente, hace como tres años falleció y eso provocó muchos distanciamientos, muchas fricciones... y desgraciadamente la mamá sí quedó un poco afectada, a tal grado que, pues, Pepe ya vive conmigo y de ella ya tenemos casi dos años que no sabemos nada.

10. Omar: su esposa murió de cáncer de mama en el 2003 y queda a cargo de sus tres hijos, una mujer y dos hombres.

Yo ya me estaba haciendo cargo de los hijos solo; [la enfermedad] fue una preparación, me ayudó mucho eso, no me pegó tanto de bulto porque desde que le detectan el cáncer y le dan las quimioterapias, ella se va con su mamá de diez a quince días a recuperarse y yo me quedo solo con los hijos, y nomás le echamos

vueltitas, una vez cada dos días...yo lo acepté bien; sí es muy cansado... yo siento que asumí así, bien, bien el papel de papá hasta que me quedé solo.

11. Mauricio: Se divorcia por una larga historia de violencia física de su mujer hacia él. En un primer momento, él deja la casa pero luego los hijos, que son cuatro, piden irse a vivir con él.

Los hijos toman la decisión de venirse conmigo por la misma actitud de ella... no me puedo negar... yo siempre intuí que eso iba a pasar... por el acercamiento tan cercano que tenía con mis hijos y la falta de paciencia de ella, y la falta de acercamiento de ella... Me dio gusto [que quisieran venirse mis hijos conmigo], pero miedo al mismo tiempo, o sea, sentimientos encontrados entre que sí y no sabía si iba a poder salir adelante... no tenía tiempo para atenderlos... entonces sí tenía miedo.

4.2 La organización. Convivencia diaria

Se escuchan reflexiones acerca de lo complicado que resulta organizar la vida cotidiana, la simultaneidad que algunas tareas requieren, la necesidad de que todos colaboren, los imprevistos. Es muy interesante escuchar la enumeración de largas listas de tareas: lavar ropa, hacer las camas, hacer la limpieza, hacer las tareas, ir al doctor, comprar ropa... Se trata, al parecer, del descubrimiento de los pequeños, repetitivos e interminables quehaceres que requiere el cuidado de los infantes, que producen un sentimiento abrumador en quienes no suelen realizarlos. Sin embargo, hay que decir que la descripción que se hace de este aspecto de la crianza de los hijos no tiene diferencia con la que hacen las mujeres:

Vivíamos un poco en el caos de yo querer mantener esa rutina, y en el caos de la circunstancia familiar, sí, y los niños soportaron muy malos momentos de enojo, desesperación, de frustración, desorden en la casa, porque a veces entramos en eso de tener que... encima tengo que lavar y tender las camas, encima tengo que llevar la ropa a lavar... puede ser aterrador... ve al súper y los niños y el carrito... al principio toda la mañana trabajaba y toda la tarde me quedaba con ellos, o sea, toda la tarde era doctores, tareas o así (*David*).

Mi tiempo y todo estaba condicionado a su tiempo [el de su hijo], hasta como los cuatro o cinco años, hasta que entró al colegio... entonces ya como que tenía más chance de hacer más cosas, entonces en la mañana ya tenía más opción... y en la tarde estaba con él (*Facundo*).

Probablemente la diferencia esté en que, para la gran mayoría de las mujeres, realizar estas tareas es algo que se hace en el automatismo de la vida cotidiana, sin reflexión y sin cuestionarse sobre si es algo que necesariamente deban hacer ellas; los relatos de estos varones dan cuenta de un acto reflexivo que los pone frente a la necesidad de pensar cómo van a resolver esas tareas y quién lo va a hacer. Algunos deciden voluntariamente

hacerlas ellos mismos; otros buscan quién las haga (nana, cocinera, tías o hermanas), pero ninguno se escapa de tener que enfrentar ese plano de la organización doméstica que conlleva el cuidado y la atención de los infantes.

Se descubren también otros pequeños detalles domésticos: cómo hacer que la ropa no se percuda; cómo lograr que los niños lleguen a tiempo a la escuela; cómo aprender las tallas de la ropa; cómo explicar a una niña qué es la menstruación...

También se escucha hablar de que, para lograr una vida cotidiana funcional, estos varones han tenido que optar conscientemente por una forma de vida más ordenada y con menos libertades, lo cual no resulta a veces muy agradable pero sí, en compensación, les permite tener una vida más organizada.

Varios de los varones entrevistados parecen haber notado, a partir de la experiencia de crianza de sus hijos, que esa serie de labores domésticas que suelen hacer las mujeres, son labores dignas de consideración:

Me ha gustado mucho porque [entonces caes en la cuenta] de la acción de la mamá o de la mujer... es como darle un respeto mucho más allá de lo que es o de lo que ves, porque [antes de hacerlo] no te imaginas lo que es (*Jaime*).

Ahora veo a las mamás solteras y digo: qué fuerza, aparte de hacerse cargo de la casa, hacer de comer... a mí no me tocó [de niño] nada de eso (*Omar*).

4.3 Habilidades, aprendizajes

Cocinar y coser son los retos que más esfuerzo han representado para estos varones a partir del punto en que se hacen cargo de sus hijos.

Es muy interesante, por otro lado, que algunos de estos varones hablan de "algo femenino" que notan en ellos como resultado de encargarse de las actividades de crianza de los hijos:

Hay una parte muy femenina de mí que aflora mucho cuando estoy con mis hijos (*David*).

Mamá no puedo ser y nunca lo voy a poder ser, pero, bueno, esa parte femenina... he desarrollado mucha intuición... he desarrollado ese instinto que las mamás tienen... he desarrollado la habilidad de hacer muchas cosas al mismo tiempo, que es una habilidad muy propia de las mujeres... Conforme estoy viendo que se está peinando, estoy con la computadora prendida, mientras estoy cocinando, también está la lavadora puesta y estoy en todo... Siento que he adquirido estas cosas... esta intuición, este sexto sentido que las mamás tienen (*Enrique*).

Me he vuelto más sentimental, más llorón, muy perceptivo a sensaciones con mis hijos; empiezan a satisfacerme cosas que en la vida me hubieran satisfecho, como darles de comer, haberles preparado yo de comer... lavarles la ropa, atenderlos,

darles de desayunar, llevarlos a la escuela, empezarme a involucrar... con ellos como que empieza a despertar una parte maternal... como esa parte maternal mía. Estoy dormido y de repente, si están enfermos, oigo una tosecita y ¡pum!, abro un ojo, cuando antes mi sueño era que pasaba un trailer por encima de mí y yo ni me inmutaba (*Horacio*).

Con esto parece confirmarse lo que desde hace mucho el feminismo ha intentado hacer ver: que es la práctica social lo que produce lo que se llaman habilidades y capacidades diferenciales para cada sexo. Hemos comprobado con nuestros entrevistados que muchas de las habilidades y capacidades que se han atribuido tradicionalmente a las mujeres, entendiéndolas como parte de su naturaleza biológica, son más bien elementos adquiridos por una práctica sistemática y, sobre todo, por una práctica en la cual están involucrados afectos intensos. No obstante, uno de los entrevistados insiste en el factor natural que hace que para las mujeres sea “más fácil” hacer las tareas relativas a la maternidad:

Reconozco ahora más el esfuerzo de las mujeres, sobre todo [en relación con] los niños; [pero] es que [a las mujeres] ya les nace, ya viene nato en ellas; muchas cosas nosotros no... entonces pues [para las mujeres] es mucho más fácil manejar... para uno como hombre es más difícil (*Leonardo*).

Y aunque vemos que estos varones dicen haber desarrollado “algo muy femenino”, se refieren a esto como algo que es propio de las mujeres, no de los varones. Aunque sean ellos quienes hacen las cosas, hablan del conjunto de eso como “el rol de mamá”:

Cuando los niños se vienen [a vivir] conmigo... tomé el papel, el rol total de mamá, de lavarles, tenderles, barrer, trapear, lavar trastes, total y absoluto... me levantaba desde las cinco y media de la mañana y me acostaba a las once de la noche (*Mauricio*).

La mamá, es pues, una mujer que lleva a cabo esas actividades “naturalmente” y, como ella no está, las tiene que hacer él, cosa que no es “tan natural”. Ahora bien, si él desarrolla esas actividades y no es una mujer, entonces ¿cómo llamarlo? Ser papá no es exactamente eso; parecería que el lenguaje que el género ha producido no es suficiente para poder nombrar las cosas sin remitirlas directamente a uno u otro sexo.

4.4 Lo más difícil

De entre las cosas que los entrevistados han señalado como “lo más difícil” en su desempeño en la crianza de sus hijos, se mencionan las siguientes: quedarse solo; no tener un espacio personal para atender las necesidades afectivas y sexuales; la ausencia de amor de una pareja; las dificultades para

hacer compatible el trabajo con las necesidades de los hijos; tener que resolver tantos detalles cotidianos además de trabajar; la cantidad de tiempo que hay que dedicarle a lo doméstico y la paciencia que requiere; tener que dejar a los hijos cuando el trabajo obliga a viajar.

4.5 Cambios en la relación con los hijos

A pesar de que los entrevistados reconocen que han tenido que cambiar sus actividades, sus horarios, sus rutinas y la forma de hacer las cosas, muchos señalan que su relación con sus hijos no ha tenido cambios. A lo mucho, algunos señalan que ahora sienten estar más unidos con ellos, tener mejor comunicación, estar más cercanos.

4.6 Manejo del tema de la ausencia de la madre

En el discurso de estos varones encontramos un elemento recurrente al hablar del tema de la ausencia de la madre con los hijos: notamos una insistencia clara en que el amor de la madre no se pone en duda, aunque ella no esté. En los casos en los cuales la madre murió, este elemento parece tener mayor fluidez, se nota en el discurso como algo más fácil de sostener; no obstante, también en los casos de divorcio, separación o abandono, los hombres les insisten a los hijos en que aunque la madre no esté, su amor es cierto. En estos casos, el discurso es más complicado y rebuscado. Parecería que se trata de una manera de poner una pantalla a las dudas que las criaturas puedan tener respecto al amor de la madre, a partir de su ausencia.

4.7 Modificaciones o implicaciones en su vida personal

El hecho de haber asumido la crianza de los hijos parece haber situado a los varones entrevistados en una posición que ha vuelto difícil volver a encontrar una pareja estable en sus vidas. Algunos dicen haber tomado la decisión de no complicar más las cosas para sus hijos; otros dicen que el tiempo no les alcanza; otros más relatan las dificultades cotidianas de la convivencia entre sus hijos y otras mujeres. De los once hombres entrevistados, ninguno retomó una vida de pareja regular.

Por otra parte, algunos de ellos parecen tener muy claras las otras implicaciones que su decisión de ocuparse de sus hijos ha traído:

He tenido que plantearme la pregunta ¿qué dejo de hacer, como hombre de 47 años en Guadalajara, para poder estar con mis hijos? Y entonces vienen las restricciones... para ordenar mis horarios, cumplir metas y objetivos... o sea, si me emborracho el viernes y me despierto crudo para ir a andar en una moto a medio cerro, me voy a matar, y mis hijos qué van a hacer con un papá muerto: no me quiero emborrachar, pero como no lo quiero hacer, entonces no me cuesta trabajo

no emborracharme; o no me cuesta trabajo irme de golfo con las nenas, dormir en su casa y regresar a las seis de la mañana, que mis hijos estén dormiditos y aparentar que no pasó nada; y lo he hecho, pero no me gusta hacerlo (*David*).

Soy consciente de que esto me quitó tiempo, tiempo de más desarrollo profesional... y para cosas personales (*Facundo*).

Cuando no tengo nada que hacer... que yo quisiera hacer lo que yo quisiera, o irme por ahí tres días sin decirle a nadie... eso no se puede... aunque si te organizas bien, sí, pero antes simplemente lo hacía yo y ya (*Leonardo*).

Me afectó en lo laboral... me corrieron, como vieron que bajó mi productividad, en lo laboral me afectó mucho; ya sé lo que siente una madre soltera cuando a veces las corren o una embarazada... [además] también [se pierde] la libertad de los amigos, de que el viernes echarse el clásico dominó o la baraja... ya no se puede (*Omar*).

Este discurso a propósito de perder ciertos privilegios de movimientos y de oportunidades raramente se encuentra en las mujeres. En una investigación con mujeres presas (Palomar 2006), la cuestión misma de la "libertad" aparece con un significado distinto: es, justamente, la cárcel (supuesto espacio que suprime libertades) lo único que ha podido "liberarlas" del peso del papel de género que su vida cotidiana implicaba. En cambio, para los varones presos, sí es la restricción de sus libertades lo que más les pesa, ya que para ellos el género no es una restricción, sino un privilegio.

En los entrevistados para este trabajo encontramos una resonancia de todo esto; de pronto se han enfrentado con que el cuidado y la atención que un infante requiere pone un límite a la supuesta "libertad absoluta": marca restricciones, limita el movimiento, lastra el paso. Esto es una realidad que, sin embargo, ha sido vista solamente como una realidad *femenina*: las mujeres viven regularmente dentro de esas restricciones y no las perciben como tales, porque tanto ellas como los varones las consideran inherentes a la maternidad. Efectivamente, son inherentes a la maternidad, pero no son las mujeres quienes forzosamente tienen que realizar esta. El hecho de que los varones que se encargan de sus hijos perciban estas restricciones, nos dice claramente lo que se anotó como epígrafe en este trabajo: se trata de tareas propias de la vida, no de tareas de hombres o de mujeres.

4.8 Redes de apoyo

La relevancia de contar con redes de apoyo es notada y mencionada por los varones entrevistados: han tenido apoyo de hermanas, cuñadas, suegros, los propios padres, personal de servicio, amigos y otros. Si bien este es un recurso que también las mujeres madres saben utilizar de manera efectiva, en el caso de los varones hay elementos que le dan una particularidad: se

ofrece la ayuda más frecuentemente, a partir de la consideración de que la situación de estos varones sin pareja es una situación “especial”, una situación que produce compasión, admiración y a veces lástima. Los entrevistados son conscientes de estas percepciones que se dan sobre su situación y, en algunos casos, rechazaron el ofrecimiento de que otros se hicieran cargo totalmente o bien de los niños o bien de los niños y el papá.

5. Representaciones y creencias alrededor de la parentalidad

5.1 Papel del padre: “buen padre”

Es curioso que cuando a estos varones se les pide que describan qué es un “buen padre” no lo puedan decir fácilmente. Contrariamente a lo que sucedía cuando hablaban de su propio padre, esta pregunta parece que los obligaba a hacer referencia a su propio desempeño frente a sus hijos, lo cual dificultaba un juicio claro. Entre los elementos que se mencionaron están los siguientes: tener buena comunicación con los hijos; guiar, orientar, formar; enseñarlos a amar a una mujer; a proveer lo necesario; a tener confianza en sí mismos y empujarlos a enfrentarse a cosas difíciles de la vida; enseñarles a hacer cosas; estar presentes; dar libertad a los hijos; hacerlos autosuficientes; no tener conflictos con lo que se hace; educarlos; moverlos; hacerlos independientes; amar a tus hijos; ser congruente; ser auténtico; ser una buena persona que pueda dar el ejemplo; enseñarles el compromiso y la responsabilidad; marcar lineamientos; ser fuertes; hacerlos crecer; buscar el equilibrio del orden; ser el que pone la pauta; orientar; dar soluciones.

5.2 Papel de la madre: “buena madre”

En relación con la descripción de una “buena madre”, se observó en nuestras entrevistas que estos varones, en su mayoría, señalan que es “igual” ser una “buena madre” que ser un “buen padre”:

Pues igual, yo creo que esto es complementario, no se trata como en el modelo de mis padres de que uno es nomás el proveedor y el otro quien está cuidando y atendiendo a los hijos, en este caso la mamá... sino que ambas partes deben de formar a esa familia, a ese hijo (*Carlos*).

[El padre y la madre] son igual de importantes... para mí es igual... es lo mismo, papá y mamá... no creo que dependa más de uno o de otro (*Gabriel*).

Una “buena madre” es exactamente lo mismo, ser auténtica, hacer con lo que es ella su papel, su rol de mamá, es apoyar a sus hijos de forma eminentemente incondicional en todos los aspectos (*Horacio*).

Igual, creo que la madre sería lo mismo... la madre también tiene que ser amiga, tiene que ser orientadora, tiene que empatizar con los hijos (*Mauricio*).

Podemos aventurar la hipótesis de que a estos varones, las circunstancias que los han llevado a asumir la serie de actividades que suelen delegarse en las mujeres-madres los han movido de los esquemas tradicionales y de pronto ya no pueden encontrar una división clara y tajante de los papeles de género que marca ciertas actividades, actitudes, habilidades y capacidades a hombres y a mujeres de manera distinta. No obstante, algunos se esfuerzan por buscar la diferencia, pero en la descripción de las asignaciones para cada sexo se enumeran los mismos elementos que en la descripción de un "buen padre": trabajar; dar soluciones; orientar; responsabilidad; atender a la familia; trabajo doméstico; estar presente; ser proveedora de alimento, de calor, de amistad; ser auténtica; darles libertad a los hijos; comunicación y amor; cariño; apego; sensibilidad; dedicar tiempo a los hijos; comprensión, confianza; empatía; apoyo.

5.3 Reflexiones en torno a su desempeño en la crianza de sus hijos

Los varones entrevistados, en general, hacen una autoevaluación muy positiva de su desempeño con sus hijos. No solamente en relación con las actividades y quehaceres, sino que también toman como criterio para esta autoevaluación la salud y el bienestar actual de sus hijos, lo cual entienden como el "resultado" de su buen desempeño.

La mayoría sienten que "han cumplido" y que han tenido "muchos aciertos"; dicen estar "orgullosos", "satisfechos", y hasta ser "excelentes", aunque también reconocen algunos "errores", como no ser suficientemente "enérgicos", en algunos casos. Otros confiesan tener miedo de "no estar haciendo lo correcto" a veces o de que llegue un momento en el que "pierdan el control" de sus hijos.

6. Representaciones y creencias de género

6.1 Capacidades y habilidades en la crianza

En relación con lo que se podría denominar las representaciones y creencias de género, encontramos que los varones entrevistados tienen bien incorporados algunos lugares comunes respecto a la "naturaleza" de hombres y mujeres: algunos señalan que la maternidad sí es exclusiva de las mujeres; hablan de "esa cosa femenina tan esencial en la mujer"; de un "toque femenino" que a ellos les hace falta (como arreglar bien a las hijas o tener la sabiduría respecto a la sexualidad en las niñas); de que el papel de papá es

más difícil que el papel de mamá, a partir de la idea de que hay algo “natural” que hace que las mujeres tengan “más facilidad” para la crianza de los hijos, que se confunde con el trabajo doméstico:

Porque el papel de casa es mucho más fácil... [ya que] es más natural, [ya que desde que] nace un hijo, el bebé... con quien se siente más a gusto es con la madre, nomás de oírla [ya que] la escuchó nueve meses; como que el bebé escucha la voz de la madre y se tranquiliza. La seguridad del niño, desde que nace, la da la madre; si tiene la gracia de darle pecho, pues todavía ese lazo se va haciendo más fuerte (*Gabriel*).

La mujer ya trae mucho de eso, su misma inteligencia, su madurez normal... su entereza, su fuerza interior que la hace reaccionar distinto a un hombre... por ejemplo... para buscar a alguien que te ayude en la casa, se me hace imposible y veo a las esposas de mis amigos que traen de puño⁵ (*Jaime*).

Sí, ya lo traen [las mujeres] todo eso de saber hacer bien las cosas... son más innatas estas cuestiones en la mujer [los quehaceres de la casa] (*Omar*).

También se maneja la idea de que la madre “tiene muchísima sensibilidad” y es difícil de suplir. Esto llama la atención, sobre todo porque en otros puntos de la entrevista, estos varones han descrito su propia sensibilidad para entender lo que sucede con los hijos.

Señalan estos varones que “difícilmente se encuentran ‘malas madres’”, aunque luego matizan:

En las mujeres es más natural, se les da más fácil; claro que hay excepciones, hay gente que... olvídate, que son mujeres que no quieren saber de niños por nada del mundo... [pero] no es lo normal; lo normal [es] que la mujer trae ya instintivamente, desde la maternidad, muchas cosas, mucha sensibilidad para manejar a los hijos; el hombre no... (*Leonardo*).

6.2 ¿Quién es más necesario?

Los entrevistados consideran que, aunque sus hijos han tenido todo lo necesario, “les hace falta la parte femenina”, que no es, sin embargo, fácil de formular. Algunos hablan de ciertos momentos sociales en los que los niños se sienten “atípicos” por no tener la presencia de su madre; otros hablan de “un tipo especial de afecto” o de “ciertas etapas” en las cuales la madre es más importante que el padre. Estas etapas suelen ser las más tempranas. Algunos no pueden evitar repetir la frase hecha de “madre sólo hay una”.

⁵ Expresión que indica que consiguen personas que ayuden en la casa por montones.

6.3 ¿Para quién es más fácil o difícil?

Uno de los varones entrevistados hace la siguiente reflexión:

Cuando haces la comparación [con las familias tradicionales], te preguntas, ¿yo por qué tengo que hacer eso [lavar, cocinar, recoger]? ...y te cuesta más trabajo hacerlo, y como a las mujeres sí les toca hacerlo, se supone que les cuesta menos trabajo; es que uno, como hombre, pone un bloqueo y dices, ¿yo por qué?, ¿por qué tengo que hacer estas cosas de mujer? Pues no son cosas de mujer, son cosas de la vida, están divididas un poco, pero es como la mamá del niño que, además que lo crío y lo educó y lo vistió es una magnífica empresaria, y tiene mucha lana y un súper negocio; entonces ahí es la parte opuesta al hombre que hace la comida... (*David*).

Sin embargo, la gran mayoría considera que es “más fácil” para las mujeres criar solas a los hijos y realizar el trabajo doméstico, dado que “les es natural”:

La mamá soltera sí tiene más intuición, o sea, es más independiente, porque ella sabe perfectamente hacer los roles de poner, atender a sus hijos, desde cocinar, es más sacrificada, atiende más al hijo, está más al pendiente, aunque traiga al hijo un poquito más controlado, pero siento que da más amor. El hombre, por lo general, no ama, quiere; el hombre es difícil que se entregue así muchas veces... tiene que acudir siempre a la ayuda de una mujer porque él hace el rol del trabajo y tiene que cuidar a sus hijos, el hombre se desespera más. La mujer puede trabajar, puede cuidar al hijo (*Horacio*).

Una mujer está acostumbrada a manejar una casa, yo no sé manejar una casa... (*Leonardo*).

Puede ser que una madre sea más entregada que un padre... por cuestión natural, la madre es la que tiene más facilidad de ser madre que el padre de ser padre (*Mauricio*).

6.4 Crianza de las hijas/de los hijos. Enseñanzas respecto al género

La mayoría de estos varones, al ser cuestionados respecto de si hacen diferencias en su trato con sus hijos e hijas, reconocen que sí las hacen. Sin embargo, al hablar de su vida cotidiana muestran que las regulaciones de género que suelen encontrarse en las familias tradicionales —que, por ejemplo, reparten los quehaceres domésticos de manera diferente entre hombres y mujeres—, es mucho más equitativa: los niños aprenden a hacer todas las actividades domésticas y aprenden, sobre todo, que sus papás también las pueden realizar sin conflicto.

No obstante, sí marcan como particularmente difíciles algunas situaciones que tienen que ver con el sexo de los hijos, aunque parece que han podido finalmente encontrar la solución y demostrar así que no existe una barrera real para manejar situaciones, en la diferencia sexual:

Imagínate... que andas en los juegos y la niña quiere ir al baño... (*Jaime*).

Cuando le bajó la regla a la niña por primera vez, entonces, pues ¿cómo se usa [la toalla sanitaria]?, uy, pues... creo que tiene ahí unos pegamentos, unas hojitas ahí, ponla en el calzoncito como si fuera un pañalito y colócalo ahí... me sentí impotente, fue una situación donde me sentí muy impotente pues yo jamás he puesto una toalla... (*Mauricio*).

6.5 El instinto materno

Los entrevistados asumen la existencia del instinto materno, pero también, algunos, hablan de un instinto “de padre”:

Pues... sientes, y yo sé lo que tienen, yo sé lo que les pasa a mis hijas, yo creo que ese es el instinto que tienes como padre, no nomás la madre, también uno como padre tiene el instinto con los hijos (*Adrián*).

Siento que he adquirido estas cosas... esta intuición, este sexto sentido que las mamás tienen... he comenzado a confiar en mis corazonadas... (*Enrique*).

7. Reflexiones en torno a su situación

7.1 ¿Padre típico o atípico?

Los varones entrevistados se saben atípicos y están conscientes de la percepción social que se tiene sobre ellos: se les admira, se les reconoce su desempeño con sus hijos, produce asombro su situación y a veces lástima; algunos señalan que esta reacción es más frecuente en los varones que en las mujeres. También reconocen que, en algunas situaciones sociales, su presencia es demasiado notoria, como en las fiestas infantiles o en los festivales del día de la madre. Estas circunstancias han llevado a algunos a ciertas reflexiones:

Sí, me admiran... pero, pues, digo, también la mujer lo hace y digo, bueno, ¿por qué no se preguntan cómo le hace? Ahora sí que admiro a las mujeres que se quedan solas... de que está mucho el estigma de que la mujer debe estar en su casa y la mujer que sale a trabajar o algo [se juzga] que abandona a sus hijos, y en el caso del hombre no (*Omar*).

Me da mucho coraje que a veces la gente me vanaglorie y me santifique... es como si fuera mujer, nada más soy hombre, es la única diferencia, cuántas mujeres no tienen a sus hijos, inclusive sin ayuda económica de sus padres... que cubren el rol que estoy cubriendo yo, entonces digo, ¿cuál es la diferencia? (*Mauricio*).

8. Identidad subjetiva

Cuando se le pedía a los entrevistados que se definieran a sí mismos, la mayoría lo hacía a partir de adjetivos centrados solamente en su persona:

tranquilo, trabajador, activo, bueno para escuchar, cariñoso, buen sentido del humor, complicado, sensible, desorganizado, comprometido, etc.

8.1 Modificaciones en su identidad o personalidad a partir de la crianza de los hijos

Sin embargo, cuando se les preguntó si su forma de ser cambió cuando se hicieron cargo de sus hijos, todos los entrevistados señalan esta circunstancia como fundamental en lo que actualmente son. Inclusive algunos han llegado a afirmar que ya no se entenderían sin sus hijos. Esto es algo extraño si se compara con lo que algunos estudios han encontrado respecto de cómo, para la identidad de las mujeres, los hijos son pieza fundamental, lo cual no suele encontrarse en los varones. Sin embargo, estos varones que han tenido una convivencia muy cercana con sus hijos parecen también considerar ahora a sus hijos como un elemento importante para su identidad subjetiva.

9. *Expectativas sobre los hijos*

En relación con las expectativas que los entrevistados tienen sobre sus hijos, no observamos diferencias de género. La mayoría de ellos señalaron que quieren verlos convertidos en adultos sanos y felices, independientes y autosuficientes. Es interesante que hacen reflexiones hacia el futuro sobre la base de un conocimiento cercano de las habilidades y gustos de los niños, y que no reportan metas abstractas o neutrales.

Conclusiones

Retomaremos ahora las preguntas que orientaron nuestro estudio: ¿cómo entienden y viven los varones la práctica de criar y proteger a menores, en el contexto de una situación en donde no está la madre de estos? ¿Cómo nombran y experimentan su propia práctica? ¿Qué relación hay entre este quehacer y las ideas de paternidad y maternidad? ¿Cómo construyen estos varones, en su discurso y en su experiencia, la maternidad? ¿Cómo participa esta experiencia, hasta ahora todavía poco frecuente, en el amplio proceso de la construcción social de la maternidad?

El análisis de los resultados de nuestro estudio, una vez más, nos confirma que la construcción social de la maternidad se realiza desde multitud de lugares y con ángulos muy diversos, lo cual obliga a rechazar cualquier afirmación respecto a una homogeneidad discursiva y a romper los esquemas maniqueos, mostrando la complejidad del proceso de dicha construcción.

Encontramos, en el discurso de estos hombres entrevistados, la construcción discursiva de figuras específicas, como la del padre y de la madre, engarzadas en un orden discursivo complejo y ambiguo que logra camuflar su experiencia particular bajo esquemas de género tradicionales y ajenos a su propia práctica. Sus relatos se tejen trabajosamente, dando la impresión de que la verbalización no es un ejercicio habitual en ellos, y dejando ver también un enorme esfuerzo por no confundirse en las ambigüedades propias de las regulaciones de género: ¿qué es lo masculino y qué es lo femenino? ¿Cómo ser madre sin dejar de ser varón? ¿Cómo ser padre si se ejerce un papel marcado socialmente como femenino? ¿Cómo entenderse a sí mismos al descubrir en uno mismo cosas que suelen atribuirse a las mujeres, como la intuición, la ternura, la capacidad de prever, el “sexto sentido”?

Por otro lado, en el discurso de los varones entrevistados se trasluce un fuerte sentimiento de nostalgia por la pérdida de una figura sólida que encarnaba inequívocamente la autoridad, los límites, el control y la capacidad, y que es la figura idealizada de un padre mítico. Esa agonizante figura monolítica se contrasta con la propia práctica que se describe como conflictiva, difícil, desorientada y llena de carencias. Escuchamos un lamento por la imposibilidad de contar con un modelo paternal menos idealizado y más operativo, del cual se pudieran desprender algunas claves para una crianza de los hijos en un mundo que es, además, mucho más complejo y con circunstancias también mucho más complejas que las que tuvieron en la propia infancia. En cambio, la figura de la madre, más terrenal y cercana, parece aportarles claves más útiles para desplegar estrategias de supervivencia efectivas en sus circunstancias actuales.

Los varones entrevistados, por el hecho de haberse hecho cargo de sus hijos de manera protagónica, parecen haberse sustraído de las figuras estereotípicas del padre carente o el padre ausente. Al borrarse la subyugante figura del padre idealizado, solamente queda el “lugar para la madre” que, en nuestros sujetos, es ocupado por un varón, con lo cual se aprende que ese lugar puede ocuparse indistintamente por cualquier sexo. Notemos de paso que un varón que ocupa el lugar de la madre debilita la figura mítica de La Madre y resalta el potencial simbólico de dicho lugar.

Nos preguntamos entonces, ¿no sería más útil hablar del “personaje maternal” o del “personaje paternal”, en lugar de “la madre” o de “el padre”? Probablemente sólo así se evitaría la sustancialización de estas funciones en términos de género.

El punto de inflexión que encontramos en el discurso de estos hombres, consistente en el acto reflexivo que les hizo asumir su lugar frente a sus hijos de una manera voluntaria y consciente, es equivalente al proceso reflexivo que suele darse en las personas que desean adoptar un hijo, y muy distinto de lo que sucede con las madres biológicas. La maternidad biológica parece impedir dicho proceso reflexivo y consciente frente a la maternidad como un acto voluntario; al ser biológica la maternidad, es vivida en la inconciencia y el automatismo.

Lo mismo ocurre con el desempeño cotidiano en relación con el cuidado y la atención de los hijos. El ejercicio narrativo de estos varones, cuando intentaban hablar de la vida cotidiana y de la complejidad que esta ha adquirido a partir de su decisión de criar a sus hijos, da cuenta de la simultaneidad que algunas tareas requieren, de la necesidad de que todos colaboren, de los imprevistos. Fue muy interesante escuchar la enumeración de largas listas de tareas: lavar ropa, hacer las camas, hacer la limpieza, hacer las tareas, ir al doctor, comprar ropa... Enlistar estos quehaceres parecía proporcionarles mayor conciencia de todos esos pequeños, repetitivos, mudos e interminables quehaceres que requiere el cuidado de los infantes y que pueden ser abrumadores.

Para la gran mayoría de las mujeres, realizar estas tareas es de tal manera parte de su actuación cotidiana del género, que no se cuestiona; en el caso de los varones entrevistados, sus relatos dan cuenta de un acto reflexivo que los pone frente a la necesidad de pensar cómo van a resolver esas tareas y quién lo va a hacer.

Esta reflexividad sobre la vida cotidiana y doméstica que se impone a estos varones por su situación familiar, conduce también a una transformación de sus esquemas mentales tradicionales de género que parece conducirlos a una revaloración de las labores domésticas, por una parte, y a mirar a las mujeres de una manera distinta, por otra.

Este punto es interesante porque hace referencia a un aspecto que muchos sociólogos y sociólogas han observado en estudios relativos al valor diferencial de las actividades laborales en razón del género: hay evidencias de que el valor social de una u otra actividad laboral o profesional se deriva de si se trata de un campo en el que se encuentre mayoritariamente a hombres o a mujeres; si hay más mujeres, es un campo más barato, y viceversa.

Es así como, a los ojos de estos varones que incursionan en un "territorio femenino", este incrementa su valor; no porque las actividades en sí sean más o menos valiosas, sino porque son ellos, varones, quienes las están

realizando. De ahí es que nos atrevamos a poner en duda que esta revalorización de las actividades conlleve también una revalorización automática de las mujeres, ya que se trata de dos cosas distintas.

El afán de sostener, a toda costa, la figura de la madre mítica, en los varones entrevistados, parece hablar de una dificultad profunda para admitir una sospecha acerca de la existencia del amor maternal incondicional, esencial y eterno. Se trata de un mecanismo que colabora con la construcción social de la maternidad, que coincide con otros descubrimientos realizados en otras fases de nuestra investigación acerca de este tema: el carácter barroco del imaginario materno, así como su amplitud y profundas manifestaciones a través de distintos circuitos discursivos en el ámbito social, nos ha llevado a afirmar que hay una punzante necesidad social de sostener lo que este imaginario presenta, lo cual también parece conectarse con la dificultad de comprender la función materna como una práctica simbólica. Esto no ocurre de la misma manera con la función paterna.

La figura de la madre parece estar atrapada en la apretada telaraña del registro imaginario, ya que la confusión entre la actividad que se realiza y la persona real que la ejecuta se promueve a partir de distintas representaciones y creencias respecto de la maternidad como una cuestión vinculada irremediable y directamente con las mujeres. Todo ello suprime la distancia necesaria desde donde puede instalarse ese elemento trascendente que permitiría la relación simbólica entre ella y su hijo.

La disociación de la figura del padre en *padre simbólico* y *padre de carne y hueso* se asume de entrada, contrariamente a lo que ocurre con la figura de la madre. A la figura del padre se le atribuye la encarnación de la ley, del vigor, del ideal y del mundo exterior, mientras que la madre representa la inmediatez, la relación cuerpo a cuerpo, la casa, el caos (Badinter 1980). El padre real y el padre imaginario son antecedentes por un orden que los trasciende y que facilita la relación simbólica: el nombre del padre. La madre, por su parte, parece atada a la pesadez de lo real, confundida con ese imaginario profuso en el que muchas veces no hay lugar para la función de la palabra.

Hay que dejar claro que se trata de una realidad fabricada por el conjunto del orden social; es decir, no son las mujeres quienes buscan situarse de esa manera conscientemente, ni tampoco son los varones quienes conscientemente ejercen una función. Parece, más bien, existir una tendencia colectiva a sostener activamente dicho orden en los límites del imaginario, creando y recreando incesantemente su contenido, como si se intentara evitar la caída de la ilusión de que el ideal de La Madre tiene un referente real en

todas las mujeres de carne y hueso. Aquí encontramos, pues, la principal razón del proceso activo a través del cual se produce y sostiene el imaginario materno, así como algunas razones por las cuales los vínculos madre-hijo/a son esencialmente conflictivos y, en casos como los que en este trabajo presentamos, confusos, contradictorios y llenos de dificultades.

Por último, cerraremos diciendo que estamos ahora mucho más convencidas que al inicio este trabajo, de que la maternidad puede ser ejercida tanto por varones como por mujeres. El cuidado de la infancia en un grupo social, y su protección y educación en el marco cultural de dicho grupo, debe ser responsabilidad de todos sus miembros. Es el género el que ha marcado estas tareas con asignaciones diferenciales para cada sexo pero, en realidad, cualquier ser humano que esté dispuesto a cuidar amorosamente, vigilar y proteger la vida de una criatura para que pueda convertirse a su vez en un ser humano adulto, está ejerciendo la maternidad ●

Referencias

- Aiberman, Alicia, s/f, "El rostro oculto de la maternidad: El desarrollo del maternaje", *Revista universitaria de psicoanálisis*, vol. IV, en www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/psicoanalisis.
- Badinter, Elisabeth, 1980, *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel XVIIe XXe Siècle*, Flammarion, París.
- Butler, Judith, 2006, "Regulaciones de género", trad. Moisés Silva, *Revista de estudios de género. La Ventana*, núm. 23, junio, Universidad de Guadalajara.
- Delumeau, Jean y Roche, Daniel (dirs.), 2000, *Histoire des pères et de la paternité*, Larousse, Montreal.
- Dubar, Claude, 2002, *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*, Bellaterra, Barcelona.
- González Labrador, Ignacio, 2002, "La infertilidad, el maternaje frustrado", *Revista cubana de medicina general integral*, vol. 18, núm. 3, mayo-junio.
- Hurstel, Françoise, 1997, "De los padres ausentes a los nuevos padres. Contribución a la historia de una nueva transmisión genealógica colectiva", en Silvia Tubert, (comp.), *Figuras del padre*, Cátedra/ Universidad de Valencia/ Instituto de la Mujer, Madrid.
- Knibiehler, Yvonne, 1997, "Padres, patriarcado, paternidad", Silvia Tubert, (comp.), *Figuras del padre*, Cátedra/ Universidad de Valencia/ Instituto de la Mujer, Madrid.
- Lamas, Marta, 2002, *Cuerpo: diferencia sexual y género*, Taurus, México.

- Medina Centeno, Raúl, 2000, "Contextos y circunstancias de la nueva paternidad. En busca del instinto paterno. Implicaciones para la terapia familiar", *Perspectivas sistémicas. La nueva comunicación*, núm. 63, en <http://www.redsistemica.com.ar/paternidad.htm>
- Palomar, Cristina, 2004, "Malas madres: la construcción social de la maternidad", *Debate feminista*, año 15, núm. 30, octubre.
- Palomar, Cristina, 2005, "Maternidad: historia y cultura", *Revista de estudios de género. La Ventana.*, vol. III, núm. 22, diciembre, Universidad de Guadalajara.
- Palomar, Cristina, 2006, "La maternidad construida en un centro penitenciario mexicano", reporte parcial de investigación en proceso. Inédito.
- Palomar, Cristina y María Eugenia Suárez de Garay, 2005, "'Malas madres': la construcción social de la maternidad". Inédito. Universidad de Guadalajara y El Colegio de México.
- Pélicier, Y., 2000, "Notre contemporain", en Delumeau, Jean y Daniel Roche, *Histoire des pères et de la paternité*, Larousse, Montreal.
- Scott, Joan W., 1996, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, PUEG/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Weeks, Jeffrey, 1986, *Sexualidad*, Paidós/PUEG-UNAM, México.